

PARA UNA «CIENCIA DEL LENGUAJE»
NO TÉCNICA
ALGUNOS TESTIMONIOS (1)

JOSÉ POLO
Universidad Autónoma de Madrid

1. PRELIMINARES

1) Al preparar un trabajo sobre las ideas lingüísticas en Galdós, me resultaba imprescindible crear el contexto para situar tal práctica de reflexión «literaria» sobre el lenguaje, esto es, ver si lo que hace Galdós —bien directamente, bien a través de sus personajes— es algo particular en él o si existen grados varios de tradición al respecto. Como, en última instancia, se trata de lo que cabría denominar «lingüística no profesional» o algo parecido, inmediatamente asociamos esta clase de aproximaciones metalingüísticas con otras modalidades de la misma actividad básica: botánicos que, más o menos circunstancialmente, reflexionan y escriben sobre cuestiones lingüísticas, pintores, etc. Todos ellos tienen en común el no ser profesionales de la lingüística, el hacerlo, diríamos, por mera afición, sin mucho equipamiento o instrumental, lo cual no impide que, por otros métodos «más naturales», puedan llegar a conclusiones interesantes tras un

recorrido no exento alguna vez de intuiciones geniales o de retratos muy fieles de lo esencial de nuestro hablar...

2) He preferido independizar como artículo propio tal pensada introducción a Galdós (del que me ocuparé próximamente en esta misma revista) con el fin de sentirme más libre para desarrollar, desde un punto de vista básicamente informativo, algunas de las líneas que van desde una *lingüística de aficionados* hasta una *lingüística de literatos*, entendiéndolo aquí como creadores literarios (no especialistas en literatura, no por la vertiente de la función poética, la literariedad y conceptos afines).

3) En primera instancia, parece haber contradicción entre el sintagma «*ciencia* del lenguaje» y el otro del título: «no *técnica*»; porque, si no es técnica (tal como solemos emplear esta palabra hoy día, no en su sentido etimológico), ¿cómo puede ser *científica*? Justamente por ello, he colocado entre comillas el primer sintagma mencionado: necesitaba que, no obstante la contradicción inicial, apareciesen compartiendo espacio titular en cuanto interrogante que, de modo natural, se irá disolviendo sobre la marcha, conforme avance este trabajo. Digámoslo con otras palabras: nadie tiene el monopolio de la reflexión seria sobre el lenguaje; basta con que haya una cabeza con ordenados hábitos de pensamiento y con preocupación vital sobre nuestro medio principal de comunicación. Si, además de lo anterior, existe una larga e inteligente formación científica en tales materias, los frutos serán *normalmente* más profundos y amplios. En síntesis: entre el extremo del mero hablante como «lingüista» ingenuo y el del riguroso estudioso del lenguaje hallaremos matices variados que no debemos, si somos responsables, tirar por la borda. Intentaré llevar a la práctica las ideas que anteceden.

4) Finalmente, hago notar que, entre otras cosas, cual ha quedado ya anunciado, me voy a ocupar del concepto (y algo de la práctica) *lingüística de aficionados*, que da por sabida, claro está, la *afición a la lingüística*, pero, desde luego, muy poco voy a decir de los *lingüistas aficionados* (con variantes «terminológicas» no escasas), pues esto

me apartaría peligrosamente del ejercicio fundamental para mí ahora: moverme entre los dos extremos, el de la ingenuidad investigadora y el del exacerbado rigor técnico, instalados todos nosotros en el terreno social de las prácticas de reflexión en torno al lenguaje (con estratos «cuasi-infinitos» en cuanto metalenguaje). Ello no impide que, lo mismo que existen por nuestros mundos de Dios, historias sociales de la literatura española, haya que pensar en algún momento en una especie de *historia social de la lingüística española*, nominación que permitiría hacer entrar en juego las muchas modalidades de «lingüísticas no científicas», valga la redundancia negada. En fin, no hay peligro de que nuestra materia prima, el lenguaje y su universo, se nos agote, nos deje en la estacada. Seamos nosotros ahora justos con él.

2. *CURRO EL PILARO: UN PRECIOSO TEXTO*
DE GREGORIO SALVADOR (1975/1977)

1) Se trata de «Estructuralismo lingüístico e investigación dialectal», leído en diciembre de 1975, publicado en *Revista Española de Lingüística* (VII/1977, pp. 37-57) y recogido finalmente en su libro *Estudios dialectológicos* (Paraninfo, Madrid, 1987, pp. 15-30).

2) Voy a reproducir los últimos párrafos de este trabajo (pp. 29-30) porque en esa parte final aparece magistralmente retratado un hablante-«lingüista» genuino, puro, «con el pelo de la dehesa» metalingüísticamente positivo; en otras palabras: un ejemplo insuperable para iniciar esta ruta en el kilómetro cero, lo más alejado posible del «rigor técnico» de una ciencia, pero, al mismo tiempo, con la hondura de las grandes verdades de nuestros clásicos, del clásico (al menos, europeo) por antonomasia. Escuchemos el diálogo entre un dialectólogo profesional avezado y un experimentado conocedor de su entorno... lingüístico:

La Geografía lingüística ofrece mayor posibilidad que ninguna otra rama del estudio de la lengua en orden a la comparación de lenguas funcionales

en número muy amplio, y brinda así un excelente campo de observación a la semántica estructural.

Todo esto confirma la razón de aquella mi extrañeza, de que les hablé, ante el título del famoso artículo de Weinreich. Porque yo entonces, 1955 ó 56, novel dialectólogo de campo, explorador de atlas lingüístico, sabía ya todo esto intuitivamente, estaba seguro de que, en todo caso, mi tarea era estructuralista. Y lo sabía no sólo por aquellas circunstancias de haber sido discípulo póstumo de Ferdinand de Saussure, que me había proporcionado un cuerpo de clara doctrina lingüística, y discípulo directo de Manuel Alvar, que me había encaminado hacia una dialectología rigurosa y exigente, de métodos muy precisos, lo sabía ya también por mi propia experiencia de dialectólogo, porque me lo habían confirmado mis propias investigaciones, mis conversaciones metalingüísticas con los informantes.

Un dialectólogo de verdad acaba aprendiendo mucho de los sujetos de sus encuestas. Ellos son en definitiva los que le enseñan a preguntar, los que ayudan a perfilar el cuestionario, los que apuntan distinciones que el dialectólogo ignoraba, los que orientan el orden preciso del interrogatorio, los que ilustran acerca de la realidad representada por el sistema lingüístico que se averigua. Y alguna vez esto lo hace el sujeto conscientemente, convencido de su saber, sabiendo que instruye.

Quiero recordar aquí, a este respecto, a mi primer informante del *ALEA*, Curro el Pilaro, de Facinas, provincia de Cádiz, municipio de Tarifa, una aldea alta y serrana, sobre el Estrecho de Gibraltar. Eran los últimos días de 1953 y yo iniciaba la serie de 110 encuestas que sería mi aportación final a ese atlas. Aunque ya me había doctorado con tesis dialectológica sobre un habla local y había hecho prácticas parciales de encuesta, era sin embargo la primera vez en que me encontraba con la necesidad de rellenar un cuestionario de dos mil y pico de preguntas en un tiempo tasado, tres o cuatro días, y con sujeto único a ser posible. Era mi paso de la sosegada dialectología casera de la monografía doctoral al urgente ajetreo de la geografía lingüística. Y no las tenía todas conmigo, albergaba serias dudas de que fuera realmente factible llevar a cabo esa tarea, había leído tal vez demasiadas críticas a los procedimientos de encuesta seguidos para la elaboración del atlas, no confiaba —y eso era lo peor— en que bastaran un sujeto y el tiempo establecido para obtener una imagen válida del dialecto.

Mis dudas eran tantas que, con peor suerte, hubieran podido dar al traste allí mismo con mi carrera de dialectólogo. Pero tuve la fortuna de

encontrar a Curro el Pilaro como informante. Y Curro el Pilaro, un alto y recio campesino de 60 años, inteligente y analfabeto, advirtió lo que me pasaba y me tomó bajo su protección y magisterio: «No, maestro, eθo no lo pregunte uhté aθí; yo θíθé lo que uhté quiere deθí, pero no to er mundo θe ba-nterá; eθo pregúntelo uhté d-ehta manera...» o «Entre eθo y eθo q-uhté diθe hay otra coθa que yo θe la voy a dehplíca a uhté pa q-uhté la θepa...». Y el segundo día, en un momento en que yo hojeaba las páginas aún blancas del cuestionario, calculando lo que quedaba por preguntar, me dice —y a esto quería venir a parar—, me dice: «No θe deθinquiete uhté, maestro, que toah eθah palabrah que tiene uhté que apuntá aí, lah tengo yo aquí en la cabeza, ca una en θu θítio y ca una halará de lah que tenga que halá».

Todas en la cabeza, cada una en su sitio y cada una tirando de otras, relacionada con otras. Ante esta afirmación estructuralista, saussureana, de Curro el Pilaro, a quien siempre se la tendré que agradecer, yo adquirí la seguridad que necesitaba y supe ya para en adelante y hasta hoy esas cosas que hoy les he ido formulando a ustedes. Por eso, para mí, ha carecido siempre de sentido la interrogación de Weinreich y las dudas que ha suscitado. No creo que debamos nunca preguntarnos si es posible una dialectología estructural, sino más bien si es posible continuar llamando dialectología a todo lo que se nos siga ofreciendo con tal nombre, pero alejado de esa línea de investigación.

3) En general, lo anterior nos lleva a lo de los personajes populares y sus actitudes frente al lenguaje. Sin entrar ahora en la cuestión acabadada de mencionar como aspecto de la sociolingüística (las actitudes frente al lenguaje), tema del que en los últimos años se ha publicado bastante, simplemente quiero llamar la atención sobre los creadores de voces y de voquibles, los idiolectos curiosos o «geniales», los hablantes «folclóricos», etc. Remito a la sección VII, «Artificio y lenguaje», pp. 82-98, de mi libro *Lenguaje, gente, humor... Materiales para una antología semántica española*, Paraninfo, Madrid, 1972; véase, por ejemplo, el texto número 20, «Los escritores enrevesados y Leónidas Magaña», de José María IRIBARREN, reproducido en dicho volumen, pp. 82-90; véanse igualmente las referencias bibliográficas que se dan en las notas. En una línea parecida, habría que tener en cuenta

obras como *Belarmino y Apolonio*, de Ramón Pérez de Ayala, que dejo fuera de mi atención actual porque, dada su importancia, me ocuparé de ella en un trabajo próximo. En fin, lo expuesto en este párrafo es sólo una pista que nos lleva hacia muchos otros materiales dignos de ser tenidos en cuenta.

3. EUGENIO COSERIU Y EL METALENGUAJE INGENUO

1) No conozco autor que haya prestado más atención que Coseriu a la conciencia técnica, de estudioso responsable, de las diferencias entre el hablante con su hablar particular y social, ese mismo hablante en cuanto sujeto que también reflexiona y habla sobre su propio lenguaje, o el de los demás, y el lingüista, conciencia máxima de la teoría y práctica metalingüísticas. Por doquier en su obra se habla de los saberes precientífico, originario, técnico (o de saber hacer) de los hablantes y del saber teórico, científico, etc., del estudioso del lenguaje: lo «antepredicativo» y lo «predicativo». Las referencias a Husserl, entre otros, son igualmente sistemáticas al respecto. Habría que remitir al conjunto de su obra (en español en la editorial Gredos), pero, en fin, mencionaré como más ricos en estas cuestiones *Teoría del lenguaje y lingüística general* (1962), *El hombre y su lenguaje* (1977), *Lecciones de lingüística general* (1981) y *[La] competencia lingüística* (1992), con trabajos que datan de fechas muy anteriores a las del volumen donde, salvo el último, se recogen.

2) Pero ahora, dentro del espíritu de la sección en que nos movemos, I, quiero entrar ya en materia en lo que afecta al concepto *lingüista aficionado*. En 1968 publica Coseriu, en inglés, *Panorama de la lingüística iberoamericana (1940-1965)*, recogido luego en su libro *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje* (Gredos, Madrid, 1977), XII, pp. 264-364. Nos dice en la p. 266 (dentro del §0.4):

He adoptado, por consiguiente, otra delimitación, tratando de ceñirme a la lingüística científica o «universitaria» —es decir, a la lingüística común-

mente tratada en cursos académicos y en publicaciones universitarias con fines científicos y con un mínimo de aceptabilidad metodológica y técnica— y excluyendo sólo la lingüística no especializada y metodológicamente no científica. Ello implica un juicio de valor en general, pero no en cada caso particular: en efecto, no significa necesariamente, ni que todo lo producido con propósitos o métodos científicos sea por ello mismo valioso, ni que la lingüística no especializada haya producido sólo cosas carentes de interés. Y, sobre todo, no implica negar la utilidad de lo realizado por los no especialistas. La verdad es que los lingüistas científicos de Iberoamérica deben muy a menudo recurrir a los materiales reunidos y a los resultados alcanzados por los investigadores no especialistas, los gramáticos empíricos y los lingüistas aficionados. Sólo que la lingüística no especializada continúa una línea de actividad que en ningún sentido corresponde a alguna orientación actual de la ciencia y, además (salvo, quizás, desde el punto de vista cuantitativo), no constituye algo característico de Iberoamérica, pues es más o menos idéntica en todas partes.

3) En el mismo lugar (ahora §1.3, p. 272), señala complementariamente:

A lo reciente de la enseñanza universitaria en materias lingüísticas corresponde, como era inevitable, una carencia muy aguda y prolongada de personal docente especializado y, sobre todo, de investigadores de rigurosa formación científica [omito la nota 5, donde se habla de las excepciones: Rodolfo Oroz y Ángel Rosenblat]. En muchos casos, los primeros profesores iberoamericanos de materias lingüísticas han sido forzosamente —o son todavía— especialistas de otras materias (por ej., de letras clásicas), profesores de enseñanza media pasados a la universidad, autodidactos con intereses científicos [omito la nota 6, donde se habla de cómo algunos de estos lingüistas autodidactos se han revelado como «excelentes investigadores y maestros», en particular en Brasil., pero esas son las excepciones, no la tónica general], o jóvenes de formación rápida e incompleta, designados más bien para atender a las necesidades inmediatas, y en continuo aumento, de la docencia que para promover la investigación.

4. JOSÉ PEDRO RONA: DE UN TEXTO INÉDITO

0) Se titula *La investigación en lingüística* y fue redactado entre 1963 y 1964 con la idea de que fuese publicado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Montevideo, en una obra colectiva referente a la investigación científica en diversos campos. Escuché ese texto en Méjico en 1965 en un curso sobre dialectología hispanoamericana que el prof. Rona dio; tuve correspondencia epistolar con él hacia 1972 porque pensaba incluir dicho trabajo en una antología de textos relacionados con la enseñanza de la lengua y de la lingüística, pero no salió adelante tal proyecto. Posteriormente hice otro intento para darlo a la luz como artículo comentado por mí y tampoco hubo suerte. Bien: independientemente de que más adelante pudiera publicarse completo, voy a reproducir ahora los párrafos en los que se habla de la categoría *lingüista aficionado*; reproduzco igualmente mis propios comentarios (escritos entre 1981 y 1982) a esos textos de Rona (1923-1974). No se olvide que el estudioso citado se formó, en materia lingüística, junto a Eugenio Coseriu en Montevideo y ello se nota en no pocos espacios conceptuales de su obra (por no decir en todos).

1

Hay que tener presente, en efecto, que, si bien la investigación lingüística no es más complicada ni más difícil que la investigación en cualquier otra materia científica, tampoco es más sencilla ni más fácil. La investigación científica es siempre igualmente compleja, porque su dificultad no depende de la materia que se estudia, sino de las condiciones del investigador, que, a su vez, se basan principalmente en su preparación. Como en toda ciencia, en la lingüística también los procedimientos de la investigación deben basarse en un adecuado conocimiento de la teoría y en un profundo dominio de la metodología. Es por esto por lo que los aficionados, aunque muchas veces pueden aportar también datos valiosos, generalmente suelen borrar con el codo lo que han

escrito con la mano, mezclando datos verdaderos con datos falsos, dando informaciones que no han sido recogidas con el debido rigor metodológico, o saltando a conclusiones equivocadas que sus premisas no justifican. No queremos decir con esto que un dato científico forzosamente deba ser malo por provenir de un aficionado. Es cierto, en cambio, que un dato científico que procede de un aficionado no debidamente preparado no es forzosamente correcto, por lo cual debe ser verificado antes de aceptársele como definitivo. Verificar significa, la mayor parte de las veces, hacer de nuevo toda la investigación, esta vez en forma controlada y metodológicamente correcta. Hacer de nuevo toda la investigación significa naturalmente que el primer esfuerzo, el del aficionado, es esfuerzo perdido o desperdiciado, ya que entonces lo único que queda de él es el haber señalado un tema interesante para una investigación seria.

1a

Hay que leer, de todos modos, con cierta precaución algunas de las afirmaciones contenidas en esta parte del escrito; pues, si bien es verdad que las categorías *profesional/aficionado*, con sus grados de «bondad/maldad», son teóricamente muy claras, resultan, en cambio, sociológicamente más bien difusas y enrevesadas al mismo tiempo, como acertadamente parece desprenderse de lo dicho por Rona. Pero los hilos que se cruzan en la práctica real de la ciencia entre esas dos categorías son tantos y tan sutiles —valga la insistencia—, que casi se neutraliza, en la impura o «degradada» realidad, ese nítido binomio *gente tecnificada/gente de tres al cuarto*. Resultaría aquí abusivamente prolijo demostrar con multitud de ejemplos la delicadeza con que debe tratarse este tipo de cuestiones. Baste lo presente como llamada de atención sobre una zona categorial sociológicamente enredada y hasta conflictiva en ocasiones. Habría que estudiar, por ejemplo, casi como un problema psicológico —enfermedad de profesionales, diría— la facilidad con que se recurre al estereotipo «eso es cosa de aficionados» o similares (y viceversa: lo fácil y frágil que algunas veces se manifiesta la actitud metodológica —cuando existe— de los que ni siquiera han captado el problema; vamos: de los legos o profanos), como si las cosas de la ciencia humanística, por ceñirnos a lo nuestro, fuesen tan mecánicamente unilaterales y tan *asibles/no asibles*, que nos fuese dado trazar con facilidad la raya de los buenos y los malos practicantes de la búsqueda del saber, lo cual no excluye que en situaciones concretas pueda no haber lugar a dudas.

1b

En fin, que ni un extremo ni el contrario, sino el acercamiento dialéctico a la realidad científica de cada día con perspectivas iniciales «no inquebrantables» a fuerza de darle vueltas a un asunto: con afición o con profesionalidad. ¿Sería, por ejemplo, Rafael Sánchez Ferlosio... un espécimen de mero aficionado a las cuestiones del lenguaje, un buen aficionado, un aficionadillo, un pensador del lenguaje, un teórico de la comunicación, o dechado quizá de hombre (profundamente) culto, esto es, con una asimilada cultura idiomática? (véase su libro *Las semanas del jardín*, ahora en un volumen en Alianza Editorial, Madrid, 1981, así como, en la misma sede editorial, 1982, sus comentarios en la obra de Jean ITARD *Memoria e informe sobre Victor d l'Aveyron*). No me detendré en otro caso, por momentos parecido y radicalmente distinto, el de Agustín García Calvo [sus importantes trabajos, concentrados, en los últimos años, en la editorial Lucina, Madrid: me ocuparé de su obra en una investigación a medio plazo], «lingüista y filólogo en toda regla», pero, al mismo tiempo, con una apertura conceptual y de «forma interior» o estilo que lo convierte en un caso único en nuestro tiempo. Tampoco Víctor Sánchez de Zavala o Carlos-Peregrín Otero son despachables en pocas líneas. Finalmente, otro caso digno de atención es el de Alfonso Sastre, gran luchador de la cultura y persona siempre alerta a las cuestiones del lenguaje, no ya en cuanto creador, sino como hombre culto y, por ello, con conciencia política de las dimensiones sociales del hablar. Sus observaciones, expuestas, claro, sin prurito alguno de mostrarse como lingüista, se hallan dispersas en varios lugares, de los que citaré como representativos estos dos: *La revolución y la crítica de la cultura* (Grijalbo, Barcelona, 1970) y *Lumpen, marginación y jerigonça* (Legasa Literaria, Madrid, 1980). Siendo ya muy larga esta nota, y tratándose de persona no desconocida en las lides técnicas o semitécnicas del lenguaje, haré simple mención de Camilo José Cela. Desde otra perspectiva (más cercana a las preocupaciones teóricas de los lingüistas estrictos), téngase en cuenta, como fuente para la historia de las ideas sobre el lenguaje, nombres, entre otros, como Miguel de Unamuno, Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset (de Ramón Pérez de Ayala se ha dicho algo atrás, §2-3).

2

Esto, en el mejor de los casos; porque, en el peor, suele suceder que el aficionado goza de prestigio conquistado generalmente en otra disciplina donde no era aficionado. Así, suele acontecer que algún médico, historiador o profesor de literatura, muy bueno en su materia, empieza a dedicarse a la investigación lingüística, sin percatarse de que para ésta

carece de formación. Sus lectores, acostumbrados a mirarlo como buen investigador, aceptan lo que él dice, sin ningún espíritu crítico, precisamente porque anteriormente, y en su propia especialidad, ha conquistado un bien merecido prestigio.

2a

Pero esto ocurre también en una perspectiva concéntricamente menos amplia, más internamente: cuando, por ejemplo, un investigador competente en tal o cual vertiente de la ciencia lingüística (o en más de una) ingresa, merodea o superficializa (*trivializa* es ya muy trivial) en unos cuantos más en los cuales o apenas se defiende o sencillamente naufraga. De todos modos, y como siempre, esto es un planteamiento teórico: en la realidad se dan multitud de matices que «explanan» o guían la aplicación de los principios. Por otro lado, tampoco hay que descartar el paradigma —hablando «a lo epistemológico»— de personas con una formación tan amplia y no necesariamente superficial (el ver mucho ayuda a establecer relaciones en distintos niveles, a atar el conjunto: a profundizar), que, dentro de la ciencia del lenguaje, pueden permitirse el lujo de actuar teórica, descriptiva o aplicadamente con altura; podríamos hablar aquí de *hombres de ciencia completos* o *científicos de cuerpo entero* o *científicos integrales* o *de todo un científico, todo un hombre de ciencia*, etc. Sabemos que no es lo más frecuente topar con esta clase de sabios, pero —como diría el otro— existir, existen. Dejo de lado, finalmente, por no simplificar su tratamiento en el modesto espacio de parte de una nota (o aunque fuese algo más), lo relativo al casamiento de la «completitud intelectual» o técnica con la «integridad moral» o base ética: su determinación mutua para el dibujo de *el científico ideal* u hombre dispuesto a colaborar en la transformación del mundo, no solo para él, para su exclusivo beneficio o el de su entorno inmediato, sino pensando también en los transeúntes descalzos, en *el bien común*: ¿sintagma endocéntrico o exocéntrico?

3

Nos creemos en la obligación de señalar esto, porque en la investigación lingüística es mucho más común —y, por tanto, mucho más perjudicial— la intervención de los aficionados. Atribuimos este hecho precisamente al carácter universal del instrumento lenguaje. Todo ser humano es usuario del lenguaje y, como tal, tiene de él un conocimiento

práctico o empírico. Pocas veces se da cuenta de que conocimiento práctico no significa conocimiento teórico o científico.

3a

Para todo esto de *conocimiento teórico/práctico, saber originario, saber intuitivo, saber precientífico/científico*, etc., remito a los siguientes lugares de la obra de Coseriu —todo en Gredos, Madrid— en los que aparecen, a veces en forma repetida o con ligeros cambios, más o menos concéntricamente en función de la idea por explicar: 1) *Teoría del lenguaje y lingüística general*, 1962, 1973, pp. 142-143 y 261; 2) *Gramática, semántica, universales*, 1978, pp. 10-11 y 71; 3) *El hombre y su lenguaje*, 1977, pp. 19 y 168; y, finalmente, 4) *Lecciones de lingüística general*, 1981, multitud de pasajes a los que se llega fácilmente a través del «índice de materias y términos», bajo *saber lingüístico, saber intuitivo de los hablantes, saber originario* y alguno más. La fecha primera de los artículos en los que se habla de dichos conceptos es muy anterior; se trata de obras que recogen trabajos previos, pero, para el propósito de ahora, basta con estas referencias, las más directamente asequibles.

4

El que «habla bien» muchas veces cree estar en condiciones para escribir sobre la teoría del lenguaje o sobre algún aspecto de la lingüística aplicada. Lo hacen con la mejor voluntad y buena fe, pero (casi diríamos «porque») ignoran que la lingüística es una ciencia como cualquier otra y que su metodología no puede improvisarse. No nos referimos ahora al hecho de que la lingüística moderna suele usar un instrumental técnico no menos complicado que el de las ciencias llamadas naturales. Los laboratorios de fonética experimental, los espectrógrafos acústicos, los laboratorios electrónicos de enseñanza de idiomas, las computadoras electrónicas, etc., no son imprescindibles en nuestra ciencia, aunque sí son sumamente útiles.

4a

[Aquí el comentario que hacía iba más bien por el lado de la oposición *maquinismo/humanismo* en la concepción de la lingüística; como no afecta direc-

tamente, para el propósito de ahora, al asunto *lingüista aficionado/lingüista profesional*, lo omito y doy por concluida la presentación de esos fragmentos del trabajo inédito del prof. Rona].

5. OTROS TESTIMONIOS

0

A manera de cierre de esta primera parte del trabajo, centrada en el concepto *lingüista aficionado*, presentaré una cuantas referencias —variadas, ya se verá— como ejemplo del cúmulo enorme que, sin duda, podría traerse a colación.

1) Roman JAKOBSON, en trabajo de 1942 recogido en *Obras selectas*, I (Gredos, Madrid, 1988; tr. de este escrito de José Luis Melena), nos dice, p. 415, con respecto a las intromisiones en campos científicos ajenos:

Con escasas excepciones, la discusión de los lingüistas sobre la esencia del fonema ha repetido simplemente los famosos debates filosóficos entre los nominalistas y los realistas, los adeptos al psicologismo y los del antipsicologismo, etc.; además, se ha hecho con medios insuficientes. De este modo, resulta inútil discutir de nuevo la legitimidad de la concepción psicológica del fonema tras la famosa campaña del fenomenólogo Husserl y de sus adeptos contra la aplicación de un psicologismo caduco a la teoría de los valores. Los intentos de algunos lingüistas por refutar la realidad objetiva de los fonemas reflejan en el fondo, si bien de una manera voluntaria e imperfecta, las ideas paradójicas del filósofo Bentham y de sus continuadores sobre la necesidad de valores ficticios. Estas intrusiones de los lingüistas en esferas que les son extrañas nos parecen o bien superfluas o bien directamente peligrosas. Peligrosas en los casos, desgraciadamente bastante frecuentes, en los que un especialista que maneja magistralmente su propio campo se expone en otra disciplina sin que los métodos y principios de dicha disciplina le sean suficientemente conocidos. Es el caso, por ejemplo, del lingüista Alfred Schmitt, quien ha intentado abolir la noción de fonema con argumentos cuasipsicológicos sin estar versado en las cuestiones de psicología (*Wörter und Sachen*, XII, 1936). Schmitt ha creído poder

negar la existencia del fonema porque en la mayor parte de los casos la atención de los interlocutores queda lejos de fijarse sobre los fonemas y porque en la mayor parte de los casos el fonema no funciona por sí solo. El autor invoca la psicología sin saber que esta ciencia nos demuestra precisamente la existencia de numerosos contenidos que funcionan sin ser forzosamente el objeto de nuestra reflexión e incluso sin que puedan ser separados eficazmente de los contextos de los que dependen.

2) Juan M. LOPE BLANCH, en trabajo de 1962 recogido en su libro *Estudios de historia lingüística hispánica* (Arco-Libros, Madrid, 1990), nos dice (p. 58): «Hasta cierto punto, Cristóbal de Villalón es también —como Valdés— un simple aficionado a la lingüística [nota 27: «Reconoce que esa actividad filológica es en él ocasional, y que la ha realizado ‘en los ratos perdidos y hurtados a mi continuo estudio de la sagrada escritura que tengo en esta aldea’ (*Carta para el licenciado Sanctander*)»]. Pero un aficionado que —contrariamente a Valdés— concede a los estudios gramaticales parte del valor e interés que, en realidad, tienen [...]». Traigo esta cita aquí porque se habla de la afición a la lingüística, del carácter de aficionado, pero téngase en cuenta que, a su vez, se entra en un nuevo matiz: el humanista —intelectual en suma— que, además, escribe sobre cuestiones relacionadas con el lenguaje; esto es: nos hallamos frente a lo que aparecerá en la segunda parte de este trabajo (próxima entrega): hombres de pluma (pero no creadores literarios propiamente dichos: tercera y última entrega), profesionales de la escritura en general que, más o menos circunstancialmente, se lanzan al ruedo de la fortuna crítica en materia de lenguaje.

3) Reinhold WERNER, al reseñar (en *Anales del Instituto de Lingüística* [Cuyo] XII/1985, pp. 171-189) el tomo I, 1982, de una obra en torno al español de América, nos dice (p. 187):

A la primera parte de este intento de justificación se le puede contestar que la selección ha resultado demasiado disparatada para poder explicar las preferencias observadas en favor de obras relativamente menos importantes y más antiguas, no teniendo en cuenta obras más importantes y más

recientes. Además [,] casi ninguno de los trabajos lexicográficos sobre el español americano merece «entera confianza» [no refleja forzosamente] las calificaciones de sus autores, sino a veces sólo las circunstancias de elaboración, [,] tampoco la merece el gran Diccionario de la Real Academia al ser evaluado como un diccionario descriptivo en cuanto a americanismos. Entre «Los que trabajan en el dominio del español de América» tampoco deberían emitirse juicios demasiado ligeros sobre los «aficionados» en el campo de la lexicografía. Hay miembros de Academias con preocupaciones lingüísticas, pero que son «aficionados» en el campo de la lingüística científica; hay lingüistas renombrados que son «aficionados» en cuestiones lexicográficas, y por otra parte hay «aficionados» en filología que como lexicógrafos han trabajado con más método y más cuidado que muchos filólogos profesionales.

4) Finalmente, en 1983 se publica en La Habana (Editorial Letras Cubanas) un libro sugestivo de Rafael MARTÍNEZ: *Juan Miguel Dibigo: gran lingüista cubano*. En esta obra, aparte el interés intrínseco de toda investigación en torno a dicho estudioso (hombre de letras adelantado en el mundo hispanico: siempre en vanguardia y con relaciones científicas internacionales de primer orden), encontramos varios pasajes muy relacionados con la amplia zona de los lingüistas aficionados, improvisados, geniales, etc., nuestro objeto de atención. Citaré tales fragmentos:

1
 pp. 51-52

Sin embargo, es indudable que las condiciones de nuestra Isla, antes de 1959, como nación subdesarrollada y dependiente, primero durante la colonia y después en el primer período republicano, no permitían, en sentido general, que el movimiento lingüístico cubano poseyera una concepción científica. Es por esto por lo que los investigadores cubanos del lenguaje constituían una gran masa de «improvisados» lingüistas, sin que se pretenda que la utilización de este término adquiriera una significación despectiva. No sólo eran «improvisados» por no poseer una preparación científica, sino también porque eran individuos que no se dedicaron por completo al análisis de los problemas del lenguaje, puesto que poseían

otras profesiones, con las que se ganaban la vida: esencialmente eran abogados, médicos, profesores eruditísimos, o meramente simples aficionados al cultivo de la ciencia lingüística; pero, todos, estaban desasidos de metodología científica en el campo del lenguaje. Muchas de esas figuras realizaron una labor destacada con sus trabajos lingüísticos, pero también heroica, porque sus gestiones se desarrollaron de una forma aislada, sin apoyo oficial, abriéndose paso ante la hostilidad, la indiferencia y la ausencia de ayuda económica, y llevando a cabo sus investigaciones mediante sus propios medios.

2

 pp. 55-56

[Se insiste en esta idea, ampliándola con citas de Francisco M. Mota, 1968, y José Antonio Portuondo, 1975: «Para muchos, constituían meros entretenimientos de aficionados con medios económicos suficientes para poder costear algo que la gente consideraba un *hobby*», dice el primero; y el segundo: «La indagación de los problemas lingüísticos y literarios siguió, en lo esencial, en manos individuales, no siempre adiestradas científicamente, las más de las veces improvisadas en la investigación, meros eruditos o artistas, en el mejor de los casos, que son los que nutren las academias citadas, en las cuales, además, no pudo realizarse una amplia y profunda labor colectiva debido a las míseras asignaciones /, / que apenas alcanzaban para sufragar el alquiler del local de reuniones. No existía, por otra parte, concepto adecuado del trabajo científico en las disciplinas humanísticas»].

3

 p. 115

En el descubrimiento del sánscrito se pueden distinguir dos etapas. La primera comienza a fines del siglo XVIII, en 1876, cuando William Jones, un juez inglés que trabajaba en Calcuta, descubrió la lengua sánscrita en viejos documentos y actos rituales. Jones, quien no podemos decir que era un especialista de los fenómenos del lenguaje, pero sí uno de esos aficionados maravillosos, se dio cuenta de la relación que presentaba el sánscrito con las lenguas que él más sabía, es decir, el inglés, el latín y el griego. Incluso, en aquella ocasión, Jones llegó a añadir la posible relación de la lengua hindú con el celta, el gótico y el antiguo persa.

6. FINAL DE ESTA PARTE

Doy por acabado este desfile de referencias en torno al concepto y la práctica de *lingüista aficionado* y variantes. En la segunda parte aparecerán datos de interés —así lo espero— sobre la actividad filológica de otros científicos, casi siempre polígrafos, humanistas. En la tercera (última entrega) me ocuparé de las ideas sobre el lenguaje en escritores (literarios) y con ello nos habremos plantado en la antesala de su estudio en Benito Pérez Galdós, como anuncié en el §1.

(*continuará*)